

DRESDE, 9 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Me propongo referiros una entrevista augusta que ha habido estos últimos días.

Rotas las negociaciones con Prusia, el emperador de Austria propuso al rey de Prusia tener ambos, en la ciudad que creyera más conveniente, una entrevista, á la cual asistiría el rey de Sajonia; los tres Soberanos deberían asistir acompañados de sus Ministros respectivos. El rey de Prusia aceptó, y se convino que la entrevista fuera en Tœplitz. Pero á última hora el Ministerio prusiano se negó á esta visita, y no quiso que ninguno de sus miembros asistiese en ella. Fué preciso comunicar por telégrafo esta noticia al Emperador para que no llevase á ninguno de sus Ministros. El aviso llegó á tiempo, y á la mañana siguiente el rey y la reina de Prusia, el rey y la reina de Sajonia llegaron á Tœplitz, donde el Emperador se encontraba desde la noche anterior; ningún Ministro acompañó á los Príncipes. A su llegada, el Emperador fué á visitar á sus tíos, y volvió á su habitación acompañado por los dos Reyes. El 8, es decir, ayer, estos augustos personajes se reunieron en Pílnitz: hoy deben partir cada cual por su lado. Nada se ha traslucido del resultado de sus entrevistas; y no habiendo asistido ningún profano, es difícil que se trasluzca cosa alguna. Creo que la ausencia de los Ministros priva á esta entrevista de gran parte de su importancia: todos han hecho protestas de amistad, manifestando el deseo de allanar las dificultades; pero éstas seguirán así después como antes de tales pláticas.

Habréis visto por los periódicos de Berlín que los miem-

— 679 —

bros de las Cámaras (excepto los de la extrema derecha) son decididos defensores del dominio eminente prusiano. El Ministerio está resuelto á continuar su camino; pero los obstáculos son inmensos y, en mi sentir, insuperables. Hannover y Sajonia misma hacen tales reservas, que ese dominio eminente podría muy bien no ser otra cosa que un espejismo, como ya lo fué la autoridad de la famosa Constituyente. Toda política que no hace cuenta con los hechos, es á la vez falsa y desastrosa. En realidad hay, por lo menos, dos ó tres Alemanias; por consiguiente, será preciso que haya un número igual de Soberanos; el presente estado de cosas concluirá, pues, en un término fatalmente próximo.

Hasta la vista, querido Conde.

VALDEGAMAS.

Hoy pido á mi Gobierno autorización para volver á España.

DRESDE, 17 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Me aflige el haberos entristecido con mis enojosos pronósticos. Esta idea me decide á preveniros contra mí mismo, y advertiros que comienzo á creer que estoy atacado de una verdadera enfermedad moral, cuyo efecto es ver los asuntos públicos con los colores más sombríos. Pero vos lo sabéis: todo parece triste al que está dominado por la tristeza. No debéis, pues, atribuir gran importancia á mis negras profecías, y, sin embargo, me he creído obligado á comunicarlas á vos, porque nuestra amistad me impone el deber de deciros lo que siento.

Las negociaciones entre Prusia y Austria tienen malísimo aspecto: no pueden entenderse, y Austria es la que gana te-

rreno. Por otra parte, Hannover y Sajonia hacen tales reservas en lo que toca á su alianza con Prusia, que es fácil ver en ellas el propósito de no concluirla. Por mi parte, lo preví desde el principio. Siempre os he dicho que Prusia se ha empeñado en seguir mal camino; hoy más que nunca puedo afirmaros que no sabrá llegar á sus fines. No hay más que una combinación: que Prusia y Austria se dividan como hermanas la influencia alemana. Veo que mi opinión es la vuestra, lo cual es para mí muy agradable, porque nadie mejor que vos sabe lo que es ó no posible en Alemania. Pienso también como vos, que Rusia sólo intervendrá para obligar á los dos niños enfadados á darse las manos. Sin embargo, las Cámaras prusianas lo comprometen todo: ponen al Gobierno en detestable camino y sobreexcitan la opinión pública, ya muy exaltada. ¿Qué decís de nuestro Radowitz, que se ha hecho constitucional al fin de sus días? Mi viaje dará ocasión á un coloquio entre nosotros sobre este asunto; me propongo demostrarle que sus opiniones de antes eran errores, y que sus convicciones de hoy no se aproximan mucho á la verdad. No hay que desesperar de ningún hombre de talento; nunca se engaña sino á medias.

Creo de veras que el mayor placer que me espera en España será veros con frecuencia y hablar con vos de asuntos públicos; en llegando el mes de Noviembre no pasaré en Madrid más que pocos días; iré en seguida á ver á mis padres, para consolar su ancianidad con mi ternura.

No puedo contestar á lo que me preguntáis acerca de Schleinitz y de Bulow; he dejado á Berlín ocho días antes que el primero tomase posesión del Ministerio, y desde entonces no tengo otras noticias de lo que pasa en Berlín que la correspondencia de mis secretarios, que son jóvenes y no se fijan en estas cosas. Pero antes de mi partida ya os di como cierto el nombramiento del conde de Bulow por Ministro plenipotenciario en Hannover. De todos modos me ocuparé en este asunto á mi vuelta á Berlín, y os diré todo lo que haya de particular en él.

Ya conocéis la carta del Presidente de la República francesa sobre los asuntos de Roma; después de semejante carta, ¿qué hay que esperar de este Presidente aventurero? Inglaterra es quien vence con esta política. Inglaterra, vos lo habéis dicho, es el mal; tenéis mil veces razón.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

DRESDE, 30 de Septiembre de 1849.

Mi querido Conde: Tengo ante la vista vuestras cartas del 12 y del 20; nuestras apreciaciones coinciden del modo más completo; sí, el liberalismo y el constitucionalismo son la forma del mal en este siglo. El mal no es otra cosa que el orgullo, de donde se originan todas las catástrofes y todas las revoluciones; sí, mil veces sí, el dedo de Dios es visible en los acontecimientos de la Europa entera, y Dios mismo es quien condena el liberalismo, es decir, el orgullo, á la impotencia vergonzosa á que estamos reducidos. Pero no nos engañemos; esta impotencia para el bien, esta incapacidad de organizar nada, es una fuerza y una potencia desorganizadora; ved, sobre todo, el estado de Roma, la ciudad culpable por excelencia; ved el estado de Francia, donde el gobernar se ha hecho imposible; ved á Alemania, donde sólo el ejército prusiano impide que reine el caos; á Alemania, que, á pesar de este ejército, no es ciertamente el paraíso; mirad á España, donde el orden parece un milagro... Creo, como vos, que no hay más que un solo medio para aplazar el advenimiento de la barbarie á que retrocedemos; este medio es la guerra; pero yo espero antes la barbarie que la guerra, que la política inglesa impedirá que estalle. Sin el apoyo de los ingleses Rusia no se decidirá nunca á la guerra, y Rusia no contará con su ayuda en

tal eventualidad, al menos mientras Palmerston esté al frente de la cosa pública.

Este edificio babilónico de nuestro Radowitz podéis tenerle por destruído antes que su construcción esté terminada. La dimisión del Ministerio es cierta; con ella quiere dejar al Rey una puerta de escape; pero no discurremos mal sacando falsas consecuencias de este acontecimiento: si el Rey no se cree personalmente ligado á la obra de Radowitz, créese ligado á otras combinaciones que no valen, desgraciadamente, mucho más. Por esta causa me recogija extraordinariamente que venzáis pronto á Berlín: sois amigo del Rey, y tenéis entrada libre en Palacio; podéis, por tanto, contribuir á disipar en su ánimo escrúpulos que le conducirán fatalmente á la ruina. Yo hubiese obrado en este sentido si hubiera tenido acceso á su persona; pero bien sabéis que en Berlín los diplomáticos no ven nunca al Rey.

Volveré á Berlín dentro de ocho ó diez días, para hacer mis preparativos de viaje; creed que tendré gran placer en abrazaros, pues sois la única persona con quien me liga una irresistible simpatía.

BERLÍN, 14 de Octubre de 1849.

Mi querido Conde: Lo primero que he hecho al llegar á aquí, ha sido informarme de las causas que han decidido el nombramiento para Hannover del conde Bulow; he aquí la explicación que se me ha dado: el Conde es ultra-alemán; si hubiese permanecido aquí, habría firmado en la Cámara las proposiciones más avanzadas, lo que, por otra parte, le hacía difícil su situación. Cierta rivalidad entre él y el barón de Steinitz, ahora su jefe, después de haber sido siempre su compañero, ha contribuído igualmente á su alejamiento. Aunque nunca ha ocurrido nada entre ellos, ni uno ni otro estaban á gusto; la marcha de Bulow pone, naturalmente, fin á todas estas dificultades.

A mediados de Noviembre tendré el placer de abrazaros.

BERLÍN, 25 de Octubre de 1849.

Mi querido Conde: Celebro que estéis satisfecho de vuestra expedición á mis provincias de Asturias, y me agrada que las hayáis estudiado como artista. Nosotros ganamos con ser conocidos y estudiados por hombres del mérito de vos.

Si todos los enemigos del constitucionalismo combatesen este funesto principio, su caída sería general; pero la inacción de ellos favorece su desenvolvimiento, y así verémosle establecerse en todas partes. Tengo la vanidad de creer que

juzgo bien la situación de Europa afirmando que no tiene remedio; no le hay. La Revolución triunfará en toda la línea, y en Alemania más completamente que en todas partes. Todo esto es triste: ¿mas á qué alimentarse de ilusiones? ¿Qué queréis esperar cuando se ve á Radowitz hacerse el campeón del constitucionalismo? A pesar de su prodigiosa memoria veo en él un hombre superficial, contrario á la opinión que había formado de él. Creo que he advertido que no hago gran caso de su persona.

La historia que trazáis de vos mismo con candor admirable, es la historia de los demás, la mía propia.

No cuento con hallarme aquí en las próximas elecciones legislativas, que serán, por otra parte, detestables. Parto dentro de cinco ó seis días, antes de haber visto el *Aguila*¹. Nos veremos el 20 de Noviembre.

PARÍS, 20 de Febrero de 1852.

Mi querido Conde: No podéis imaginar qué momentos más tristes se han sucedido en mi alma desde la noticia que me trajo el telégrafo, hasta el instante en que he recibido vuestra carta del 5, en la que me participáis que S. M. ha entrado en convalecencia². No podéis imaginar las pruebas de simpatía y de amistad que he recibido de todas las personas considerables y eminentes. Nunca se ha visto semejante demostración. Todas las damas del barrio de San Germán han venido á ver-

¹ Es decir, *el Imperio*.

² De la herida que recibió de mano de un desdichado sacerdote el día 2 de Febrero de 1852, y que habría sido mortal de necesidad á no haber ido revestida del manto real, y si el tupido bordado de oro que representaba las armas de Castilla no la hubieran detenido. Sabido es que el autor de tamaño crimen, Martín Merino, pertenecía en cuerpo y alma á la Revolución.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN)

me, ó me han escrito en términos que revelan una amabilidad sin ejemplo.

Os agradezco infinito vuestras cartas, gracias á las cuales estoy al corriente de todo. Las visitas no cesan, y el correo sale hoy sin pliegos oficiales por falta de tiempo en que escribirlos.

Suyo afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Junio de 1852.

Mi querido Conde: Vuestras últimas cartas me enteran muy bien de cómo van las cosas en España; pero me ha causado sorpresa vuestra determinación. Conservo alguna esperanza que el Rey no admita la dimisión á uno de sus más fieles servidores, viendo que ninguna de las razones que alegáis es poderosa.

Si ahora Prusia no es muy liberal, pero lo ha sido antes harto, y si la política general de Europa no va por el camino que vos y yo queremos que vaya, todavía la hemos visto en otros caminos peores. Que los periódicos no hablan de Prusia; pero yo cuidaré de que se publique cuanto vos queráis. ¡Que el clima de Madrid es frío! ¿Mas creéis que es menos riguroso el clima en las regiones glaciales donde queréis estableceros? ¿Y qué vais á hacer de vuestras noches? Desde cualquier punto de vista que se examine ese vuestro intento, parece una calaverada. Espero, pues, que Dios no permitirá que se realice y que os negarán lo que pedís.

La situación no ha cambiado aquí nada: el Imperio está aplazado por el momento, pues no parece bien á las potencias; pero este aplazamiento en nada cambia la firme resolución de proclamarlo más tarde ó más temprano.

Bravo Murillo sigue y seguirá en pie, no lo dudéis; conozco el pensamiento íntimo y verdadero de vuestros vecinos¹: quieren estar bien con todo el mundo, pero en el fondo desean que Bravo Murillo realice sus proyectos, á condición, sin embargo, de no comprometer á cierta persona que conviene pase por liberal, aunque en realidad no lo haya sido jamás; hoy es menos liberal que nunca, porque bajo un régimen liberal su marido no podría hacer el papel que ambiciona. ¿No es esto concluyente?...

PARÍS, 10 de Julio de 1852.

Mi queridísimo Conde: Desde vuestra carta del 20 he esperado todos los correos á que me dieseis noticia de cómo ha sido recibida vuestra dimisión en Berlín; los días pasan sin que yo sepa cuál será vuestra suerte, objeto para mí muy precioso. Creo que os darán licencia solamente, lo cual me agradaría, así por el placer de veros, como porque os daría tiempo para pensarlo mejor.

La conducta de Bravo Murillo y de Miraflores no me ha sorprendido; obrando de ese modo, continúan siendo respectivamente lo que son. Pero ¿es posible que deis importancia á las inoportunidades del noble Marqués? Por otra parte, perdéis de vista que los Ministros varían todos los años, y que en el próximo, otros Ministros que sean el reverso de la medalla de los actuales pueden suceder á éstos. Pero todas estas consideraciones son tardías é inútiles; sólo me conviene por ahora saber cómo se considera ahí lo de Berlín. Creed, querido Conde, que la amistad que me une con vos es harto

¹ El palacio de la calle de las Rejas, habitado por la Reina madre, daba frente á la casa en que vivía el conde Raczynski.

íntima para que pueda resignarme á la idea de una separación eterna. Dios misericordioso no querrá que sufra ya tal pena, ni que me aflija tal desgracia.

En el asunto del matrimonio de que me habláis, no hay hasta ahora otra cosa que vacilaciones; si hubiese algo formal, lo sabría yo. Vuestros juicios acerca de Prusia son evidentemente exactos: lanzada al camino del mal por el protestantismo, conviene, sin duda alguna, en vez de arrojarla en brazos de la Revolución, ganarla para la buena causa, asegurándole el lugar que le corresponde como á nación esencialmente militar y guerrera. Pues que no se la puede abolir es preciso no humillarla, sino estudiar, por el contrario, el modo de utilizar sus fuerzas el día que surjan las grandes complicaciones; todo esto es razonable, justo y práctico. Creo también, como vos, que no existe y que no podría existir *una Alemania*; es preciso que haya dos: la Alemania septentrional y protestante, bajo el cetro de Prusia; la Alemania meridional y católica, bajo el dominio de Austria. Todos mis despachos de Berlín han sido escritos en este sentido, y los acontecimientos que han sobrevenido después no han alterado nada en este punto mi manera de ver.

Ninguna novedad ni aquí ni en Madrid: las complicaciones no vendrán hasta el otoño.

PARÍS, 2 de Noviembre de 1852.

Mi queridísimo Conde: Aunque nada tengo que deciros sino que os aprecio mucho, tomo la pluma porque no puedo acostumbrarme á permanecer mucho tiempo sin escribiros. He sabido que vuestro sucesor en Madrid está ya nombrado; aunque esto había de suceder, todavía me ha causado un sentimiento amarguísimo.

Todo está fijado aquí; el próximo mes será proclamado el Imperio hereditario: el nuevo Emperador tendrá la facultad de excluir las líneas colaterales por medio de la adopción si faltare la sucesión directa. Cuando un acontecimiento se hace fatal é inevitable se produce un período de calma, y ésta es la causa de la falta de noticias en este momento; veremos más tarde.

No tardaremos en ver en España hechos gravísimos. El Ministerio va á convocar las Cortes, y presentará el día de la apertura sus proyectos de modificación electoral y constitucional. Ya adivinaréis lo que se seguirá: el Gobierno querrá establecer sólo las reformas, y sucederá... lo que Dios quiera. El porvenir es del Ejército; si está mal dispuesto, hay que prepararse para grandes acontecimientos; si su espíritu es bueno, todo permanecerá tranquilo. Habladme de Alemania, y sobre todo de vos, á quien aprecio antes que á todo.

PARÍS, 21 de Diciembre de 1852.

Mi querido Conde: Aunque hayáis dejado los negocios, sin duda desearéis conocer mi opinión acerca de los graves acontecimientos que acaban de ocurrir en España; voy, pues, á resumirlos en dos palabras: el Ministerio Bravo Murillo ha cometido dos grandes faltas: la primera, no haberse hecho de un General; y la segunda, no haber buscado apoyo en el verdadero pueblo. Sin Generales que le hiciesen respetar, y enfrente de los burgueses levantados, no ha tenido otro apoyo que el de la Reina. Llegadas las cosas á este punto, vuestra vecina, viendo el mal semblante de las cosas y no queriendo indisponer contra sí á los parlamentarios, ha desamparado al Gabinete. El Ministerio que le ha sucedido es igualmente capaz de todo, porque no pertenece á ningún partido ni tiene ninguna opinión común; sus miembros han sido tomados de entre todas las opiniones: Roncali ha sido siempre absolutista; Llorente no ha dejado nunca de ser parlamentario, porque en ninguna otra parte hubiera podido valer. Los otros no son nada; lo que puede, por tanto, guiarnos es la opinión de vuestra vecina, que, en realidad, ha formado el nuevo Ministerio. Su manera de ver ha sido siempre cierta para mí; desea la muerte del parlamentarismo, pero á condición de que esta muerte sea necesaria y que parezca que ella la siente. Si Bravo Murillo hubiese procurado apoyarse en una base sólida, ella le habría dejado obrar; pero el día que su caída le ha parecido cierta, ella misma ha precipitado su ruina para no caer envuelta al mismo tiempo con él.

Lo mismo ocurrirá ahora: el Gabinete hará concesiones